

LEYENDA PRIMERA

EL CASTILLO DE ALBUCA Y EL PALACIO

I.

Como las cuatro de una helada tarde de invierno podrian ser cuando la lluvia, que habia estado contenida con trabajo en los pardos senos de las nubes, reventó en torrentes, desplomándose sobre el pedregoso suelo de un extenso valle que hacian más triste los corpulentos troncos de algunas viejas encinas.

Corria el año 1832 y era á fines del mes de Febrero, y en las montañas que rodean á Toledo como un áspero y oscuro cinturon, donde tú, mi jóven lector, tendrás que seguirme si quieres presenciar uno de los más bellos y grandiosos espectáculos que ofrece la naturaleza.

2

Silbaba el viento con furor, y de cuando en cuando un relámpago azulado rompía por entre la lluvia, y, abriéndose paso, iluminaba el paisaje con un resplandor sombrío.

Ni un ser viviente se veía en cuanto alcanzaba la mirada; ni siquiera una habitación humana, á no ser las altas torres de un hermoso castillo señorial.

Cada relámpago le iluminaba con sus fantásticos reflejos; y á aquella luz vaga se veían blanquear las estátuas de mármol que decoraban su peristilo como guardianes mudos y arrogantes, y las caladas labores del balcon de piedra que daba sobre la puerta principal.

No obstante, un observador curioso hubiera descubierto á alguna distancia y entre los torrentes de la lluvia, otra vivienda que hubiera llamado aún más su atención que la magnificencia del soberbio castillo.

Era otro edificio más moderno; pero no menos rico.

Sin embargo, su esplendidez, en vez de ser orgullosa y severa como la del castillo, era deslumbradora.

La puerta de entrada, de encina tallada

con clavos y molduras de bronce, tenía un mérito raro y un trabajo maravilloso.

Una graciosa escalera de mármol blanco con vetas negras, conducía por ambos lados al interior del palacio, y en cada uno de ellos tres graciosas esculturas, representando ninfas veladas con cendales, sostenían seis grandes faroles de cristal con arabescos dorados figurando un escudo de armas, cuyas luces no habían podido apagar la lluvia y el viento de aquella triste y pavorosa tarde de invierno.

Cualquiera que hubiera pasado por allí á la hora en que yo te conduzco, lector mio, se hubiera detenido admirado, ó más bien, atónito ante aquellos dos edificios.

Pasmaba en el uno su austera y soberbia grandeza.

Seducía en el otro su brillante magnificencia.

Asemejábase el castillo á un anciano de cabellos blancos; pero hermoso, imponente y lleno de magestad.

Pareciase el palacio á una joven de blonda y rizada cabellera y cubierta de diamantes.

Pero ambos eran tan ricos y espléndidos,

que hubieran dejado suspenso el ánimo más esforzado, y atónitos los ojos más acostumbrados á admirar grandezas.

Absorto se hallaba contemplándolos, á pesar de la tempestad, un hombre cuyo traje, medio de cazador y medio de aldeano, era bastante singular.

Aquel jóven—pues tal parecía por la gallardía y firmeza de su apostura—no obstante llevar el rostro velado por su sombrero, aquel jóven, digo, no daba muestras de notar la lluvia que caía sobre sus espaldas, cubiertas solo con una especie de chupa de paño pardo y tosco: unos botines de cuero, abrochados con botones de asta negra, cerraban sus piernas, de un dibujo robusto y lleno de perfeccion. Un calzon encarnado de paño fino, y ancho de hechura, se plegaba debajo de su rodilla, y de la misma tela y color era una almilla que llevaba bajo la chupa y que iba sujeta á su gallardo talle por un cinto de cuero que sostenia dos pistolas con arabescos de plata.

Por debajo de las anchas alas de su sombrero, y azotados por el helado viento de aquella tarde, se escapaban algunos rizos de cabellos negros y lustrosos.

Á pesar de lo tosco de su traje, todo demostraba, en el que lo vestía, la decencia y ese perfume exquisito de decoro y de buen tono propio de las personas de una clase elevada y de una naturaleza distinguida y especial, y que no pierden ni aun en medio de las mayores desgracias.

Sin embargo, á través de estos rasgos característicos, se advertían en aquel hombre las señales indelebles del dolor y de largas horas de sufrimiento.

Su espalda, lisa, ancha y gallarda, se encorvaba con frecuencia á impulsos de un desaliento profundo é independiente de su voluntad: su mano, pequeña y nerviosa, estaba áspera y enrojecida por el frío, según podía descubrirse en lo que dejaba ver un guante medio puesto en la diestra y del todo ajustado en la izquierda: parecía agobiado de cansancio, y después de registrar con la mirada durante algunos instantes el sombrío paisaje que se extendía ante su vista, se dejó caer en la quebrada base de la roca donde había permanecido en pié.

¿Por dónde había venido aquel hombre singular?

¿Cómo había atravesado con un temporal

tan cruel el pedregoso camino que se perdía á gran distancia de aquel sitio entre las quebraduras de las rocas?

Nadie hubiera podido decirlo.

Sin embargo, él estaba allí, llevado sin duda por la mano de Dios, como el genio del dolor y de la tristeza, cuyo pedestal fuese aquel terrible y desolador paisaje, cuyo dosel fuese la tempestad.

II.

Cesó la lluvia algun tanto cuando las sombras del crepúsculo reemplazaron á la luz postrera de la tarde.

El montañés se había quedado inmóvil en su asiento, empapado en agua.

Un sueño mortal, efecto de la fatiga y del frío, le había sobrecogido.

Á través de aquel letargo homicida, la fiebre ardía en su cerebro y en sus venas, y sus miembros temblaban como las hojas de una encina, batidas por el huracan en una tarde de estío.

Media hora pasó así, durante la cual el sombrero del desconocido cayó á sus piés descubriendo una poblada y rica cabellera negra.

Empero su rostro, oculto sobre el pecho, no podía verse.

De súbito cesó la lluvia: apareció la luna en el cielo, y, como evocada por ella, una esbelta niña asomó por una pequeña eminencia su gentil y risueño semblante.

Como si viniera deliberadamente á conocer al viajero, ó como si ya le hubiera reconocido, se acercó á él con ligereza y le tocó en un hombro.

Estremecióse el montañés y levantó con lentitud la cabeza; pero volvió á dejarla caer pausadamente como si no pudiese sostenerla.

—¡Señor! dijo la jóven sacudiéndole de nuevo y con más fuerza el brazo.

—¿Quién me llama?... ¿Eres tú, Constanza? exclamó azorado y con ronca voz.

—No me llamo Constanza, señor; observó la niña con dulzura y riendo cándidamente.

El incógnito clavó en ella una mirada de asombro.

Tenia de diez á once años á lo sumo y era rubia, rosada y de poca estatura: sus ojos, azules como la flor de la clemátida, no eran grandes, pero sí tan alegres que daba placer mirarlos: su boca diminuta, de gruesos

labios, y su nariz pequeña y levantada, prestaban á su carita redonda y rolliza una gracia picante y llena de ingenuidad.

—¿Quién eres? preguntó el jóven levantando con el trabajo de la fatiga y de la fiebre un rostro en que se veían escritos veintiocho años y muchos pesares.

—¡Toma! ¡Yo soy la Golondrina! dijo la muchacha, como si el viajero debiese por fuerza conocerla.

—¿La Golondrina?... repitió el jóven, á cuyos labios secos asomó una leve sonrisa.

—Sí, señor; la Golondrina: venia de mi pueblo, que es San Simon (1): allá abajo está, y como llovía tanto entré en el palacio.

—¡En el palacio! ¿Cuál?

—¡Toma! En aquel... en el que tiene esos figurones de piedra.

—¡Ah! dijo el viajero con una mirada ansiosa: ¡vienes del castillo! ¡Habla... habla!

—Pues entré allí; y como siempre que

(1) He dado este nombre imaginario al pueblo en que ha de pasar una parte de esta historia, para huir de los inconvenientes que traen los nombres propios.

voy me da algo el Sr. Juan el cocinero, me fui derechita á la cocina; y estando comiendo un pedazo de carne asada junto á la ventana, le vi á V. y dije: ¡se va á morir dormido ahí!

Un suspiro fué toda la respuesta que obtuvo el locuaz razonamiento de Golondrina, que continuó sin desanimarse:

—Yo me hice esta reflexion: lo mismito me comeré la carne andando que aquí quieta, y podré llamar á ese pobre señor y le haré venir á que se abrigue en la cocina del Sr. Juan: por eso eché á correr y llegué... vamos, ya la lluvia pasó... Véngase usted conmigo, que el Sr. Juan es bueno y le amparará.

—¿Quién vive allí? preguntó el montañés, que parecia absorto en una idea única y angustiosa, señalando al magestuoso castillo.

—Unas señoras altas y hermosas como la Virgen que está en el altar mayor de la iglesia de San Simon; una señorita un poco mayor que yo, que me toca la cara cuando pasa junto á mí, y un viejecito que casi no puede ya andar.

—¡Ellos son! exclamó el montañés lan-

zándose hácia el castillo con un ímpetu delirante.

Mas de repente se detuvo como herido por un rayo.

Acababa de abrirse uno de los balcones decorados de raso color de rosa del magnifico palacio iluminado por los faroles, y una mujer asomó á él su bella é indolente cabeza, resguardada por un velete de blonda blanca con lazos azules.

los hermosos contornos de su figura: bajo la bata, abierta por delante, se veía otro vestido interior, de muselina blanca también, cubierta de encajes.

Sobre sus cabellos castaños, sedosos y brillantes, llevaba una toca de levantarse, de encajes, adornada de lazos celestes y de la más bonita hechura.

La tez de aquella mujer era blanca y diáfana como el nácar: su boca, que formaba un arco de coral húmedo y caprichoso, armonizaba perfectamente, por su expresión seria y desdeñosa, con sus ojos garzos, de altiva mirada. Sus mejillas redondeadas, sus cejas de seda y el gracioso corte de su frente, hacían de ella una hermosura perfecta y llena de animación.

Paseó una mirada curiosa por el paisaje, y sus ojos se detuvieron en el cazador y Golondrina; pero solo vio á un aldeano vestido con un tosco traje, y á la muchacha que conocía desde hacia mucho tiempo.

Incómoda sin duda con el frío de la tarde, volvió á entrar en la estancia y cerró el balcón; pero alzó una de las cortinillas de raso de color de rosa y encaje blanco, y apoyó en el cristal su nacarada frente.

III.

—¡Constanza! gritó el montañés con un acento arrancado de lo más hondo de su corazón.

La jóven del balcón se estremeció y perdió el color; pero sin duda se le figuró ser una ilusión aquel grito tan triste y elocuente, porque una sonrisa se dibujó en sus labios, y, saliendo al balcón, se apoyó en su barandilla.

El incógnito cayó de rodillas como si hubiera tenido ante sus ojos una aparición celeste.

La mujer, cuya vista le conmovió tan profundamente, era alta y esbelta.

Una bata de cachemira blanca, entretejida y forrada de raso celeste, dejaba ver

Entonces el cazador se volvió hacia Golondrina, que le miraba atónita, y la asió por un brazo.

—¿Cómo se llama esa mujer? le preguntó.

—¡Toma! Como V. la ha llamado; respondió la niña.

—¿Constanza?

—Constanza, sí, señor.

—¿Cómo es que vive ahí?

—Yo no lo sé; pero suélteme V. el brazo, que me hace mucho daño.

El jóven soltó el brazo de Golondrina, que continuó:

—¡Pensé que me lo iba V. á romper! Pero ahora que me acuerdo, si quiere V. venir á la cocina del tío Juan, él dirá á V. desde cuándo vive ahí la señorita.

—¡Vamos! dijo con voz sorda el cazador.

Y echó á andar entonces con tal velocidad que las pequeñas piernas de Golondrina apenas podían seguirle.

Pronto llegaron ambos al castillo, á pesar de la lluvia que volvía á caer á torrentes: el cielo, serenado por la luna algunos instantes, había vuelto á cubrirse de negras nubes, y el trueno rujía entre las que-

braduras de la sierra precedido de azulados relámpagos.

Sin embargo, nada era bastante á contener la marcha febril del cazador, que parecía volar más bien que andar por la estrecha senda que conducía al castillo entre un bosque de seculares pinos.

Por su parte, Golondrina iba saltando detrás como si fuese una cabra montés.

El castillo, situado al parecer enfrente del sitio donde vimos aparecer al jóven cazador, estaba á bastante distancia: mil vueltas entre las peñas había que dar para llegar á él, y más de una vez la pobre Golondrina, no obstante su ligereza casi aérea, tuvo que detenerse para tomar aliento.

Cerca de concluirse la senda que llevaba hasta la puerta del castillo, se dejó caer el jóven en una pequeña eminencia cubierta de yerba.

Golondrina se detuvo á su lado y le vió temblar de nuevo, como si la fiebre sacudiese todos sus miembros.

—Vamos, señor, le dijo con acento dulce; un esfuerzo más, y ya estamos en el castillo: mire V., no tendrá ni aun que subir

escaleras: en el patio mismo está la cocina, que es muy grande y hermosa, y el tío Juan le dará un vaso de vino caliente y un asiento en el banco de encina del hogar.

Tan dulces razones parecieron reanimar al montañés, que apretó la mano de la niña y volvió á ponerse de pié.

Mas ¡ay! sus fuerzas estaban agotadas por el cansancio, el dolor y la fatiga.

Asiéndose á los arbustos y á los peñascos que se veían á un lado y á otro del camino, fué como pudo llegar ante la gran puerta del castillo, resguardada por un ancho foso lleno de yerba á falta de agua, pero que no por eso defendía menos aquella antigua vivienda.

Sin embargo, por una costumbre hospitalaria de los señores de tan opulenta mansion, el puente levadizo estaba bajado para que pudiesen recogerse en la cocina, ó en el patio, los labradores sorprendidos por la tormenta.

El viajero y Golondrina atravesaron el puente y entraron en el patio, que á la sazón se veía lleno de aldeanos y caballerías.

Todas las miradas se fijaron en aquel hermoso jóven, cuya figura noble y distingui-

da contrastaba de un modo tan singular con su grosero traje.

Algunos aldeanos empezaron á hacer comentarios, y no faltó quien quisiera informarse de Golondrina, tan conocida en los contornos como una de las hermosas ovejas merinas del Sr. Lalande, único propietario del país que poseía algunas cabezas de tan rico ganado.

Entre los que opinaron que lo mejor era salir de dudas por este medio, se hallaba el mismo Sr. Lalande, quien llamó á la muchacha sin ceremonia y con los fueros que le daban su riqueza y su vejez.

—¡Hola, chiquita! le gritó, mientras la traviesa niña media su ligero paso por el lento y vacilante de su compañero; ¡hola, óyeme!

—No puedo ahora, Sr. Lalande, contestó la muchacha mostrando al labrador con una mirada afligida al pobre jóven, que apenas podía arrastrarse, y que, á su pesar, martirizaba el hombro endeble de la niña, apoyándose en él pesadamente á causa de su debilidad.

—¡Caramba! Nos estamos aquí como papanatas en tanto que ese pobre señor no

puede dar un paso; exclamó con la vehemencia de la buena fé un jóven campesino dirigiéndose á sus compañeros.

Y aproximándose al grupo que formaban Golondrina y aquel á quien por un instinto de adivinacion habia llamado señor, prosiguió:

—¡Vamos, caballero! aquí estoy yo, que puedo ayudar á V. mejor que Golondrina: apóyese V. en mi brazo sin miedo.

—Y en el mio; añadió otro jóven aproximándose á su vez, y movido por esa chispa eléctrica que se comunica á los corazones buenos al ver practicar una accion caritativa y meritoria.

—¡Gracias, amigos! murmuró con voz débil el desgraciado, apoyándose en los dos labradores.

De este modo llegaron á la cocina del castillo: Golondrina entró delante y se dejó caer sobre la espalda del tio Juan, que, inclinado junto al ancho fogon, daba vuelta con la mayor delicadeza á algunos asadores que sostenian diferentes aves para la cena, pues en el castillo se cenaba, segun la antigua y patriarcal costumbre española.

—¡Eh, ya te conozco, diablillo! dijo sin moverse el cocinero, cuyos cabellos canos estaban cubiertos con un gorro de algodón blanco como la nieve.

—¡Tio Juan! repuso Golondrina con voz baja y suplicante; mire V.

—Ahora no puedo: déjame, que se me van á quemar estas pollas.

—Tio Juan, es que...

—¡Vaya! ¿Quieres algo? ¿Tienes hambre? Espera un poco.

—¡Pero si no es eso!... Es que traemos á un pobre señorito enfermo.

—¡Cómo! ¿Qué es eso? Exclamó el cocinero dejando el asador, despues de haberlo separado cuidadosamente de la lumbre, y enderezando su obesa figura.

—Digo, tio Juan, repitió Golondrina, que traemos á un señor enfermo.

—¡Traemos, traemos! Tú dices como la mosca, *todos aramos*, y estaba pegada á la nariz del labrador.

—¡Toma! Pues digo bien: porque yo le acompañé desde el cerro del Gavilan hasta aquí, y por cierto que estaba bastante cansada cuando le tomaron Juan y Anton, uno de cada brazo.

—¡Bien, hija, bien! Pero ¿dónde está?

—Allí... ahora le entran... ¿Los ve V.?

—¡Santo Dios, qué descolorido viene! exclamó el honrado cocinero al ver la palidez mortal que cubría, en efecto, el semblante del viajero.—Aquí, añadió alzando la voz: aquí, muchachos, á este banco; y tú, Francisca, calienta al instante un vaso de vino de Jerez.

Estas últimas palabras iban dirigidas á una mujer como de unos cincuenta años, alta, flaca hasta el extremo y pálida, pero cuya fisonomía manifestaba infinita bondad.

Anton y Juan depositaron al montañés en el gran banco de encina, y se apartaron algunos pasos contemplándole con profunda lástima.

El tío Juan le quitó el ancho sombrero, y sus cabellos negros se derramaron como una cascada sobre su cuello y hombros.

—¡Qué fatigado está! exclamó Anton dirigiéndose á Juan.

—¡Ya lo creo! contestó este; no puede abrir los ojos.

—¡Ni alzar la cabeza!

—¡Está muy malo!

—¡Vamos, ánimo, hijo mio! dijo á este tiempo la tía Francisca, con ese cariño de las ancianas buenas que les hace dar el dulce nombre de hijos á todos los jóvenes: ¡ánimo! añadió mostrando á los turbios ojos del viajero un vaso de humeante Jerez con azúcar: ¡esto es capaz de resucitar á un muerto!

Y acercó el vaso á los labios del desgraciado, que bebió maquinalmente.

—Eso es; ¡bueno! exclamó con satisfacción la excelente mujer: ahora, Blas, Toribio, echad en el fogón un haz de sarmientos que levanten una alegre llama.

Blas y Toribio, que eran dos robustos pinches con mandiles blancos, obedecieron á la esposa del cocinero, y muy pronto chisporrotearon los locos y brillantes sarmientos en el ancho hogar.

Reanimado con aquel calor vivificante y fortalecido con el vino que había bebido, abrió los ojos el viajero.

—¿Dónde estoy? fueron sus primeras palabras.

Al oír aquella voz, el cocinero, que había vuelto á cuidar de sus pollas temiendo que la llama las tostase, se volvió presuroso; clavó con afán sus ojos en el pálido sem-

blante del recién llegado, y gritó con ahogada voz:

—¡Francisca... Francisca!... ¡es él!... Es el señorito Máx...

El viajero se puso un dedo en los labios con ademán tan suplicante, que la palabra espiró en los del tío Juan.

—¡San Francisco me valga! gritó á su vez la esposa del cocinero. ¡Bien me lo decía el corazón! ¡Hijo... hijo de mi alma... eres tú!

—Calla... ¡Viene de *ocultis*! dijo el cocinero al oído de su esposa con su robusta voz de bajo.

Francisca calló como por encanto; pero sus ojos, fijos con la mayor ternura en el semblante del jóven y llenos de lágrimas, hablaban con mucha mayor elocuencia que las palabras.

—¿Qué tiene V., señor? preguntó el cocinero adoptando de nuevo el lenguaje que hubiera usado con un desconocido.

—¡Cansancio y... hambre! contestó el viajero con tan honda amargura, que todos los presentes se miraron estremecidos.

—¡Hambre! repitió el tío Juan.

Y antes de que sus labios hubiesen articulado esta palabra terrible, ya su mano

había asido una de las doradas pollas que con débil chirrido gemían en el asador, acordándose de los días en que saltaban coquetamente en su corral.

—Blas, un plato, una servilleta y un tenedor; gritó el cocinero.

—¿Qué vas á hacer? Ese alimento fuerte le haría mucho daño, dijo la Sra. Francisca; déjame á mí.

El tío Juan se quedó parado, con la polla asida por una pata, y su esposa entró en un cuarto situado á la derecha de la chimenea, y salió al instante con un tarro de dulce en una mano, y en la otra un hermoso y blanquísimo pan de flor.

Cortó con cuidado una rebanada muy delgada; destapó el tarro, y tomando un cuchillo extendió sobre el pan una capa dorada y jugosa de la aromática conserva.

Luego tomó un pucherito colocado al amor de la lumbre, y vertió su contenido en una taza de plata que puso sobre un plato del mismo metal y presentó al viajero.

Era excelente caldo de nuestra celebrada é inimitable olla española.

Aquel lo bebió dócilmente: despues, la anciana, de cuyos ojos no cesaban de escapar-

se gruesas lágrimas, le presentó en otro plato la suculenta tostada de conserva.

—¡Gracias, madre mia! murmuró el viajero, que devoró al instante la tostada, estrechando la flaca mano de la anciana.

—Chiquilla, ¿no cenas? preguntó el tío Juan dirigiéndose á la Golondrina para separar del viajero la atención general.

La niña, que estaba en un rincón entretenida en tirar de las orejas á un enorme gato, se acercó con presteza.

—Vaya, te voy á dar tu carne y te vas, que ya es de noche y ha cesado la lluvia; añadió el tío Juan, quien de este modo despedía indirectamente á todos los que se hallaban en la cocina.

Los concurrentes, bien fuese porque entendiesen el deseo del viejo cocinero, bien porque recordasen que era tarde efectivamente, se despidieron y salieron para ir á sus respectivas casas.

—Toribio, corre á la leñera y trae unos troncos, dijo Francisca; y tú, Blas, anda á buscar un jamon á la repostería.

Los dos ayudantes salieron á dar cumplimiento á aquellas órdenes del primer ministro y esposa del tío Juan, órdenes que

debían ocuparles lo menos una hora, porque así la leñera como la repostería se hallaban al otro lado del jardín.

En la gran cocina quedaron solo el tío Juan, su esposa, el viajero y Golondrina.

La muchacha volvió la cabeza.

—Ven acá, tornó á decir Francisca con ese imperio cariñoso de las madres para sus hijos.

Golondrina, obediente como una corde-
rilla, se acercó á la esposa del tío Juan.

—¡Vamos á ver! exclamó esta cogiéndola del brazo: ¿es fuerte cosa que nunca has de responder cuando te llaman por tu nombre cristiano, y que solo entiendes el de los pá-
jaros?

—¡No me acuerdo del otro! contestó Golondrina llevando á la boca su pescado frito.

—¡No te acuerdas, eh? ¡Ah, pícaro! Figúrese V., señorito, añadió Francisca dirigiéndose al viajero, figúrese V. que esta chica se llama Rosa.

—¡Mujer, deja que se vaya! dijo el tío Juan incomodado.

—¡Qué se ha de ir, hombre de Dios! ¿No ves que es tan tarde... que tiene miedo? ¡Buena paliza le daría el borracho de Perucho! Un pastor, señorito, un pastor que se la encontró entre unas matas una tarde y la recogió: al cuello llevaba este medallon; mirelo V., con una rosa seca dentro; y yo la

IV.

—Toma, y vete: dijo el cocinero á Golondrina dándole un pedazo de pescado frito y otro de pan.

La niña lo miró un instante dolorosamente.

Su carita redonda y risueña perdió su color sonrosado, y á sus lindos ojos azules acudieron dos lágrimas.

Luego, sin llevar á la boca su cena, se dirigió lentamente á la puerta.

—Rosa, hija, ¿qué tienes? le dijo la buena Francisca, que advirtió el cambio que habia sufrido el semblante de la muchacha.

Esta no respondió.

—¡Golondrina! gritó de nuevo la anciana al ver que iba á desaparecer.

hice bautizar con el nombre de Rosa; pero el pastor, que es un judío, empezó á llamarla Golondrina, y con Golondrina se ha quedado, como si fuese un pájaro.

En tanto que así hablaba Francisca, daba vueltas á un medallon de oro que Golondrina llevaba al cuello, y que encerraba, en efecto, una rosa blanca, seca y rodeada de hojas verdes.

Aquel medallon, de forma elegante, era rico: en el dorso se veía un bucle de cabellos rubios, atados con una cinta azul, en cuyos dos cabos habia escritas con letra muy menuda algunas palabras.

—¡Ah! ¡Es una rosa! exclamó el viajero contemplando con avidez el medallon: ¡una rosa blanca!

Y tomándolo, leyó las inscripciones de la cinta, que decian así:

«Si muero en el mar, que Dios salve á mi hija y la ampare aquella buena alma que la recoja.»

—¡Jesus, lo que vale saber! exclamó Francisca: ya ves, Juan: once años hace que estamos viendo á esta chica, y aún no sabemos lo que decian esas letras.

—¡Pobre niña! balbuceó el viajero: si

Dios quiere algun día mejorar mi fortuna, yo la partiré contigo, ya que tienes por patrona una rosa blanca, como yo tenia otra por emblema de mi esperanza.

—Vaya, hija, vete al patio y acuéstate en tu rincon, dijo Juan: ni mi mujer ni yo queremos que vayas á la aldea, porque Perucho es capaz de pegarte por ir tan tarde.

Al oír estas palabras, el gracioso semblante de Golondrina se iluminó como por encanto: la pobre muchacha salió brincando á ocupar su cama, compuesta de dos grandes pieles y una manta.

Aquel miserable lecho se lo habia dispuesto la Sra. Francisca para que lo ocupase las noches de lluvia que no podia volver á San Simon.

—Y ahora que estamos solos, por fin, dijo el viajero á los ancianos esposos, respondeme, por Dios, á lo que voy á preguntaros.

—¡Oh! ¡Qué deseos tan grandes tenia de hablar á solas con V., mi querido señorito! exclamó Francisca, precipitándose hácia el jóven y tomándole ambas manos con un movimiento de cariño elocuente y lleno de pasion: desde que V. entró en la cocina y

antes de que mi cansada vista alcanzase á reconocerle, el nombre de Máximo acudia á mi boca sin saber por qué, y resonaba en mi corazón. ¿Qué ha sido de V. durante ocho años? ¿Cómo lo ha pasado en América? ¿Ha hecho V. fortuna?

—Vengo tan pobre como me fui, mi buena Francisca, contestó con amargura el jóven, quien, segun la esposa del cocinero nos ha dado á conocer, se llamaba Máximo.

—¡Será posible! exclamó el tio Juan, en cuya ancha y bonachona fisonomía se pintó un sentimiento de profundo dolor: conque, señorito, ¿no trae V. fortuna que le consuele de?...

Calló el buen hombre no atreviéndose á decir más, y miró á su mujer con aire compungido.

—¿De qué he de consolarme? preguntó Máximo: eso vengo á preguntaros... Qué ocurre? ¿Qué pasa aquí? ¿Cómo es que he visto á Constanza en uno de los balcones de ese suntuoso palacio, que no existia antes de dejaros yo? Habla, Francisca, tú, que eres casi mi madre, puesto que me has alimentado á tu seno; ¡habla por Dios!

Las angustiosas palabras del jóven obtu-

vieron por toda contestacion un silencio no menos angustioso: dos veces abrió Francisca la boca para responderle, y otras dos sus labios se cerraron sin poder articular un sonido.

En cuanto á su esposo, permanecia con la cabeza caida sobre el pecho, y sumergido al parecer en un abatimiento profundo.

—¿No quereis responderme? continuó el jóven, cuya voz vibraba ya con las inflexiones de la cólera. ¿No quereis sacarme de esta duda que me mata?

—¡Oh, sí sí, señorito! exclamó el buen tio Juan saliendo de su estupor: queremos contestar á V.; pero ni mi mujer ni yo nos atrevemos, porque vamos á causarle un gran dolor.

—No será mayor que el que la incertidumbre me hace padecer... Hablad, pues.

—Ya que V. se empeña, sepa que la señorita Constanza...

—¿Qué?

—Se ha casado.

—¡Se ha casado!

Este grito partió de lo más hondo del corazón de Máximo, que dejó caer los brazos como una persona herida de muerte.

Volvió á cubrirse su semblante de la misma horrible palidez que poco antes le vistiera, y el infeliz tembló como si la fiebre recorriese todo su cuerpo.

—¡Ah! ¡Bien sabia yo que esta noticia seria un golpe mortal para V.! exclamó llorando la buena Francisca.

Despues de estas palabras, reinó un profundo silencio en la cocina, en tanto que en el piso superior se oian los acordes de un piano y las alegres risas de una niña.

No obstante, la inmovilidad no podia ser el patrimonio del enérgico carácter que vendia la expresiva fisonomía de Máximo: poco á poco sus mejillas se vistieron de un subido sonrosado, y sus ojos brillaron con el fuego de la calentura, que bastó á sacarle de aquella especie de doloroso embotamiento.

Levantóse y exclamó con ímpetu:

—¿Cuándo se ha casado Constanza?

—Hace cerca de un año, respondió Francisca mirándole con ansiedad.

—¿Con quién?

—Con el marqués de Prado-hermoso.

—¿Vive en ese palacio inmediato?

—Ahora sí, á causa de hallarse su esposo

en muy mal estado de salud: el señor marqués mandó edificar ese palacio un año antes de casarse, para que les sirviese á él y á su esposa de residencia de verano

—Está bien, repuso Máximo con voz profunda; y tomando su sombrero añadió: Juan, Francisca, decidme; ¿podré llegar en poco tiempo á la aldea de San Simon?

—En una hora, señorito, contestó el cocinero; ¿pero cómo ha de ir V. hasta allá estando enfermo y fatigado? Quédese V. en nuestra habitacion hasta mañana.

—¡Yo! exclamó Máximo con honda amargura: ¿yo aquí? ¡ni un instante más puedo ni quiero permanecer!

El buen hombre miró atónito al viajero; pero Francisca, con ese delicado instinto del corazon que solo las mujeres sensibles poseen, comprendió lo que queria decir Máximo, y se acercó al oido de su marido.

—¿Cómo quieres que duerma de favor en nuestra habitacion el que con razon esperaba ser un dia nuestro amo?

El tio Juan miró á su esposa, asombrado de su extrema penetracion: en tanto que Máximo, antes de salir de aquel tranquilo

recinto que veía tal vez por postrera vez, paseaba por él una triste mirada.

Nada más alegre que aquella gran cocina, que participaba á la vez de la sencillez campesina y de la suntuosidad de la opulencia.

El pavimento era de ladrillos encarnados, frescos y fregados con esmero cada noche por los robustos puños de Blas el primer ayudante: las paredes, blanqueadas, estaban adornadas por multitud de cacerolas de cobre y estaño, brillantes como el oro y la plata, cuyo color remedan en su humildad de la misma manera que un pobre jóven de delicados instintos procura imitar, con la limpieza de sus botas de cuero, el lustroso y aristocrático brillo del charol.

Una prodigiosa cantidad de vidriado y loza llenaba los vasares, tan limpia y nueva que, al verla, se pensaba con gusto en los manjares que podría contener.

En el centro se veía el hogar, siempre exuberante de vida, por estar alimentado con un alegre y abundante fuego y rodeado de succulentos y apetitosos manjares, y á cada lado dos grandes bancos de madera oscura, destinados en su parte superior á dar asien-

to y abrigo á los cansados caminantes, y en la inferior á servir de techado á dos enormes perros de presa, que, acostados sobre dos gruesas pieles uno junto al otro, y bien alimentados por las manos cariñosas de Francisca y Toribio, el segundo ayudante del tío Juan, dormían todo el día y parte de la noche en amor y compañía.

Nada había allí desarreglado, sucio ó castigado por el descuido y la incuria; en aquel recinto espacioso y ventilado, ni padecía hastío la vista, ni se advertía ese abandono que parece patrimonio inseparable de todas las cocinas de casa grande.

Era un pequeño imperio en que se movían con comodidad, limpieza y exactitud, el monarca, que era el tío Juan, la reina su esposa, sus edecanes Blas y Toribio alegres y serviciales muchachos, y cuatro pinches ó segundos ayudantes, listos y socarrones, pero humildes á la voz de su soberano, y agradecidos á su bondad verdaderamente paternal.

Daba gozo ver al tío Juan con sus pantalones de paño gris, sus zapatos de paño negro doble grandes que sus piés y semejantes á dos barcos, su chaqueton azul hecho de una levita de su amo el padre de Máxi-

mo, General de nuestro ejército durante la guerra, su gorro y su delantal, de algodón, blancos como la nieve.

Era su cara más ancha que larga, y estaba iluminada por dos ojitos negros y semejantes á dos cuentas de azabache: su cutis rubicundo apenas se diferenciaba del color de sus labios gruesos y encendidos, que dejaban ver una ancha dentadura, todavía blanca é igual á pesar de sus sesenta años.

Algunos mechones de cabellos se escapaban de su gorro casi tan blancos como este; y aunque su estatura era pequeña y su abdomen colosal, se movía con tanta ligereza como si hubiera sido muy delgado.

El contraste que con el tío Juan formaba su esposa Francisca, era muy notable: sobresalía la estatura de esta un palmo de la de su esposo; era muy flaca, morena, con ojos azules y cejas blancas, que habían sido de un hermoso color de castaña.

Su elevada frente patentizaba un claro y poco comun talento: su mirada profunda y triste, una extrema sensibilidad; parecía, en suma, que aquella buena y honrada mujer había sido formada por Dios para hacer ver hasta qué extremo puede ser grata la feal-

dad cuando está templada por la dulce expresión de una alma cariñosa y buena.

Llevaba sus cabellos blancos recogidos en tres trenzas muy delgadas; la de detrás de la cabeza estaba recogida con una aguja de plata que remataba por ambos lados en dos rosetas, pues la Sra. Francisca era valenciana: las dos de las sienas pasaban por debajo de sus orejas é iban á unirse con el rodete.

Vestia siempre trage oscuro de indiana un poco corto, con manga plegada y cuerpo liso; pañuelo de merino en el invierno y de seda en el verano, y delantal azul oscuro ó negro, de lanilla, en todo tiempo.

Tales eran las dos personas que daban vida á aquel modesto recinto é imperaban en él como soberanos, pero como soberanos benéficos y paternales.

El tío Juan hacía ya muchos años que no guisaba y que sus funciones estaban reducidas á dirigir, por cuyo cargo tenía el sueldo de ocho reales diarios en el castillo.

Su esposa no había guisado desde su juventud, pues habiendo conocido á Juan de cocinero, muy joven entonces, en casa del padre de Máximo, donde se hallaba en cali-

dad de camarera, se habian casado, siendo desde entonces condimentado su alimento por las hábiles manos de su marido.

Pasaba su vida Francisca con todo descanso: reducianse sus faenas á asear la habitacion conyugal, situada en el patio y cerca de la cocina, á coser su ropa y la de su esposo, y á ayudar á la ama de llaves del castillo á guardar las ricas vajillas de plata y oro el dia despues de un gran convite: más aun este cuidado se lo tomaba por su gusto y por su aficion al trabajo, pues no teniendo sueldo alguno en el castillo, no se la habia impuesto tampoco ninguna obligacion.

El tiempo que yo he empleado en diseñar, aunque á grandes rasgos, la cocina y sus habituales moradores, lo empleó Máximo en recorrerla con una tristísima mirada de despedida.

Tan grande era su arrobamiento y tan profundo el dolor en que estaban sumergidos los dos ancianos esposos, que no oyeron una campanilla que sonó en las habitaciones superiores.

La campanilla se oyó un instante despues agitada con más violencia, y bien pronto se escucharon pasos rápidos en la escalera.

—¡La cena para los señores! gritó á la puerta de la cocina la voz del maestra sala.

—¡La cena! repitieron Blas y Toribio penetrando apresurados en la cocina.

Casi al mismo tiempo entraron dos lacayos cargados con pilas de fuentes de porcelana, con asas de plata, que fueron colocado en una larga mesa sin pronunciar una sola palabra.

Máximo iba á salir; pero temeroso sin duda de ser conocido, se contuvo y se caló el sombrero hasta las cejas.

—Tio Juan, por Dios, que S. E. está malo: haga V. servir al instante, dijo con deferencia y casi con respeto uno de los lacayos, sin llamarle la atencion la austera figura del montañés, pues estaba habituado á ver continuamente huéspedes en la cocina.

—¡Toribio! ¡Blas! gritó el cocinero con su robusta voz de bajo; subid al instante la sopa de almendra y la compota para S. E.

—¡Y las señoritas? preguntó Blas.

—Al mismo tiempo subid las verduras, las ensaladas, los pescados; pero ante todo S. E., ¡oh, Dios mio... será que vayamos á perderle! añadió en voz queda y con hondo dolor el tio Juan.

—¡Adios, nodriza! dijo entonces Máximo en voz muy baja.

—¿Se va V. sin saber las novedades que hay arriba, señorito? dijo la buena Francisca: hay gente nueva... dos señoritas sin padre ni madre...

—Ya sé lo que necesitaba saber, mi buena Francisca; adios.

—Pero ¡Dios mio! ¿á dónde va V. á parar? Yo quiero saberlo. ¿Dónde podré buscarle?

—¡No lo sé, repuso Máximo, no lo sé! ¡Adios, adios, mi querido Juan!

—¡Piense V. en que le queremos como á un hijo, señorito! dijo el cocinero al ver que ya se habian retirado los criados: aquí estamos para todo lo que se le ofrezca.

Máximo no contestó á estas palabras, ni quizá las oyó; lanzóse al camino y trepó á la punta saliente de una roca.

—¡Adios! exclamó con un ahogado sollozo que no pudo contener: ¡adios, sitios en que tan bellos dias he pasado, y en los cuales creí habitar en tiempo más feliz!

Bajó, dichas estas palabras, y emprendió su penoso camino alumbrado á intervalos por la pálida luz de la luna, que se escapaba de nuevo de entre negras nubes.

V.

Los dos ayudantes del tio Juan subieron los manjares, que componian la cena, hasta un hermoso comedor situado en la parte del mediodía de la casa: á la puerta del comedor, tomaban los platos dos lacayos, los collocaban en una mesa dispuesta para trinchar, y despues los pasaban á los comensales, bajo la presidencia del maestresala que dirigia el servicio.

La ancha escalera de piedra del castillo conducia á un espacioso vestibulo adornado con cuadros pintados al óleo en madera, de raro mérito y de remota antigüedad.

Pasábase luego á un recibimiento con honores de salon por su anchura y la inmensa elevacion de sus techos.